

Fernando Savater

Dos veces campeón

A pesar de que sir Arthur Conan Doyle fue un gran entusiasta de los deportes (hay una foto suya corriendo emocionado a recibir al vencedor en la maratón de los juegos de Londres, puro *Carros de fuego*) y de lo inglés, las carreras de caballos sólo aparecen en un relato de Sherlock Holmes, *Silver Blaze*. La historia es estupenda, una de las mejores de la saga —¿se puede decir más?—, pero revela claramente la ignorancia supina del maestro en lo referente a los modos y ritos del *turf*. Todos los detalles circunstanciales son erróneos o inverosímiles: los aficionados al misterio y al hipódromo disfrutamos agradecidos el cuento, pero a cada paso murmuramos entre dientes «no, hombre, eso no, así no pudo ser». Y nos quedamos con las ganas de una narración que una la excelencia en la intriga con una razonable exactitud del ambiente hípico.

No se trata, por supuesto, de algo imposible de lograr. Lo consiguió Rudyard Kipling en su magnífico *The Broken Link Handicap*, y también ocasionalmente Lord Dunsany, Edgar Wallace, Damon Runyon, Ellery Queen o Leslie Charteris, por nombrar sólo algunos de los más célebres, al menos en el ámbito literario anglosajón. Pero sin duda el rey indiscutible de este subgénero que combina el relato policíaco con el mundillo de las carreras de caballos ha sido Dick Francis, que acaba de morir a punto de cumplir noventa años. Escribió cuarenta y dos novelas (la última de ellas apareció el pasado septiembre) y un libro de relatos, manteniéndose siempre fiel a los estereotipos del *thriller* —enigma, violencia, emoción y algo de sexo, aunque nunca con flatulencias perversoides— pero también a la descripción fidedigna del *turf*, tanto en sus aspectos legales y codificados como en sus oscuras transgresiones. A veces alguna de sus tramas flojea o resulta demasiado convencional —aunque las tiene magistrales— pero

en cambio el realismo de la ambientación no se permite fallos. Y los títulos son casi siempre términos del lenguaje *turfístico* (*Forfeit, Dead Cert, Trial Run, Longshot, Odds Against, Flying Finish, Under Orders, Silks...*), que la mayoría de las veces pierden su gracia específica en las traducciones.

Dick Francis tuvo varias vidas, lo cual es una gran suerte a no dudar, y además no le fue nada mal en ninguna de ellas, lo que es una suerte todavía mayor. Fue piloto de la RAF durante la gran contienda mundial y mereció condecoraciones; después se hizo jinete en carreras de obstáculos (como ya lo fuera su padre) y llegó a ser uno de los mejores, proclamándose campeón de la especialidad en la temporada 1953-1954. Precisamente ese año comenzó a montar para la Reina Madre y con uno de sus caballos tuvo lugar el más misterioso y decisivo suceso de su vida: se llamaba *Devon Loch* y partió favorito para el Grand National de Aintree en 1956, prueba que ni la augusta dueña ni su *jockey* habían ganado antes. *Devon Loch* franqueó el último obstáculo en cabeza, con una cómoda ventaja sobre el resto de los participantes, y cuando su victoria parecía ya indiscutible cayó al suelo despatarrado sin ninguna causa aparente, derribando a Francis. El animal se recuperó inmediatamente, pero no antes de haber sido rebasado por algunos de sus adversarios. Hubo explicaciones del incidente para todos los gustos: la de Francis es la más original y casi romántica, porque según él fue el ensordecedor griterío del público, al ver que la querida Reina Madre iba a alzarse con la victoria, lo que derribó atontado al pobre caballo. Sea como fuere, al año siguiente Dick Francis sufrió otro grave accidente en la pista y decidió abandonar definitivamente la competición.

El enigma nunca resuelto de *Devon Loch* marcó el principio del fin de su carrera como *jockey* pero urdir y destejer otros misterios fue su nueva vocación, la que había de concederle mayor celebridad. El mismo año de su retirada publicó su autobiografía, *Sport of Queens*, que recibió una amable acogida entre los aficionados. Podría haber sido un punto final, pero poco después volvió a reincidir en la literatura, aunque ahora con un *thriller*, *Dead Cert*. También fue bien recibido, y cada uno de sus libros sucesivos —al ritmo aproximado de uno por año— multiplicó el número de sus lectores, hasta convertirse en un auténtico y permanente fenómeno editorial. Dejó de ser algo simpático y pintoresco —un *jockey* escritor— para proclamarse uno de los indiscutibles y más populares autores del

género. Por cierto: su antigua patrona, la Reina Madre, fue mientras vivió la primera y más entusiasta lectora de todas sus obras.

Las novelas de Francis nunca son tramas de pura intriga, ni le interesan los cuartos cerrados y los crímenes familiares: son novelas de acción, al aire libre, llenas de peligros y aventuras. Gran parte de su encanto reside en sus protagonistas, que varían de libro a libro (sólo uno de ellos, el ex *jockey* manco Sid Halley, metido a detective, aparece en cuatro historias) y ejercen oficios diversos aunque compartiendo rasgos comunes: nobleza, tenacidad, resistencia al sufrimiento y lo que Orwell llamó *common decency*. No destacan por capacidades intelectuales extraordinarias, como Sherlock Holmes o Hercules Poirot, sino por su fidelidad a virtudes pasadas de moda en un mundo generalmente corrupto y ambicioso. Son personas corrientes pero difíciles de doblegar con amenazas y chantajes. También la mayoría de los personajes secundarios de sus tramas —salvo quizá los malvados, que suelen serlo con ahínco— están dibujados con realismo y cotidianidad, tanto si son hombres como mujeres, lo cual no suele ser frecuente en este tipo de cuentos. Siempre hay algo en sus obras de *familiar* y creíble, más allá de las razonables extravagancias de las peripecias que ocurren: se puede hablar de cierto idealismo, porque a menudo son duras pero nunca descorazonadoras.

Precisamente estas virtudes suscitaban sospechas sobre su autoría. Podemos aceptar que un jinete campeón escriba libros, pero no que también se convierta en campeón de narradores. ¿Cómo es posible que Francis, que abandonó los estudios a los quince años sin una especial calificación, haya desarrollado en su madurez una tan notable eficacia literaria? Graham Lord, en una biografía no autorizada del *jockey* novelista, resuelve a su modo el enigma (el segundo gran enigma en la vida de Francis, después de la caída de *Devon Loch*): la principal o quizá única autora de las novelas fue su mujer, Mary, licenciada en Letras y de reconocida devoción por ellas. A comienzos del presente siglo, la fiel Mary murió tras más de cincuenta años de complicidad matrimonial. Durante más de un lustro Dick Francis guardó silencio literario, que dada su avanzada edad muchos supusimos definitivo. Pero después volvió a publicar hasta otras cuatro novelas (la primera de ellas dedicada a la memoria de Mary), aunque contando con la colaboración de su hijo Felix, que ya llevaba más de

una década como auxiliar de documentación para sus relatos. Son obras ni mejores ni peores que la media del resto de su producción, de modo que cada cual puede sacar las conclusiones maliciosas o exculpatorias que desee al respecto.

Los amantes del *turf* sentimos cierta ambigüedad a la hora de valorar el impacto de las novelas de Francis en la promoción de nuestro deporte favorito. Por una parte, es indudable que difundió su imagen entre millones de lectores y les familiarizó con nuestros ritos y mitos, con lugares de culto y los momentos de arrebatada emoción que en ellos solemos vivir. Por otro lado, confirmó la leyenda negra de que es un juego minado por las manipulaciones de estafadores y bandoleros, donde a menudo nada ocurre como manda la ley. Este último efecto perverso es inevitable, dado el género de sus relatos: el cuento detectivesco exige delitos, y también Agatha Christie nos ha acostumbrado a mirar cada simpático *cottage* inglés como posible nido de los peores y más insospechados crímenes. Por lo menos, los infractores siempre encuentran gente honrada que se opone a sus fechorías y al final triunfa la rectitud... dentro de lo posible. Sea como fuere, los aficionados disfrutamos con Francis: hasta en sus novelas más desangeladas nos encontramos resignadamente a gusto, en nuestro ambiente, como lo estamos en el hipódromo incluso en esas jornadas que menos estímulos ofrecen a la pasión.

Dijo de sí mismo: «Mi epitafio será: “Aquí yace el hombre que no ganó el Grand National”». Bueno, Dick, es que resulta más económico poner en la lápida lo que no hiciste que todo lo que lograste. Imagínate si no el tamaño de la losa que se necesitaría: «Aquí yace el hombre que pilotó Spitfires y Hurricanes en la gran batalla por Inglaterra, el que ganó cientos de carreras en Cheltenham, Aintree o Bangor-on-Dee (era tu hipódromo favorito), el que recibió la Cartier Diamond Dagger de la Asociación de Escritores de misterio por sus novelas, que fueron leídas por millones de entusiastas...». ¿Qué más quieres? Por mi parte, sabiendo que pasaste casi toda tu vida entre caballos y libros, sólo puedo tributarte un homenaje: gozas de toda mi envidia.